

DE FHC A LULA. UN ENSAYO SOCIO-PSICOANALÍTICO SOBRE LA “CRISIS BRASILEÑA”

ANTONIO CARLOS FREDDO
Maestría en Gestión de Negocios
Universidad Católica de Santos

Recibido: 18 de febrero de 2005

Aceptado: 28 de febrero de 2005

1. INTRODUCCIÓN

En el inicio de su tercer mandato presidencial, Fernando Henrique Cardoso declaró¹ que lo que más deseaba era la ideología. Dice que está “*ansioso por ideología*”. Al principio fue claro en sus declaraciones: hablaba de los partidos políticos brasileños.

Hoy, ahora que vamos hacia el segundo año del mandato del presidente Lula da Silva, podemos especular sobre la declaración de Fernando Henrique. Su declaración se trataba, y aún se trata, del intento de crear un escenario cargado ideológicamente en el que se muestre al brasileño su propia responsabilidad por la situación social en la que se encuentra. La realidad presentada por el discurso oficial del Estado lleva al sujeto a tomar como puerta de salida de su situación aquello que en realidad es el espejo en el que se refleja una realidad construida intencionadamente. La finalidad es una sola: “*parecer ser*” la representación de la relación imaginaria del sujeto con sus condiciones reales de existencia.

Al final de la década de los años setenta y a principios de la década de los años ochenta, el ex-ministro Delfim Netto atribuyó la inflación, la inestabilidad económica y la pobreza a aquellos que tenían un coche del año, televisión en color y que habían viajado a los Estados Unidos. Y el pueblo lo creyó.

En la década de los años noventa, el entonces presidente Fernando Collor declaró, después de su toma de posesión, que la inflación, la inestabilidad económica y la pobreza eran “culpa” de aquellos que en ese momento tenían más de US\$500 en su cuenta bancaria. Acusó a esas personas de “marajás”. Y el pueblo lo creyó.

A principios del año 2000, el entonces presidente del Senado, Antonio Carlos Magalhães, atribuyó la pobreza a aquellos que recibían más de R\$ 2.000,00 por mes (más o menos unos 550,00 euros, en valores de hoy), declarando que su “lucha” sería acabar con los pobres, para lo cual crearía un impuesto del 1% que debería ser pagado por todos aquellos que recibieran más de R\$ 2.000 al mes. Esta vez el pueblo no lo creyó.

¹ Revista *Veja*, ed. 1512, núm. 36, 10-09-1997, p. 32.

Sorprendentemente, el Estado, y aquellos que directa o indirectamente están ligados a él, insisten en que, para que la situación socioeconómica de Brasil mejore, debe llevarse a cabo urgentemente una reforma fiscal, y que sólo una reforma fiscal permitirá el crecimiento. Durante los dos mandatos de Fernando Henrique se discutió la reforma fiscal. El PT de Lula era contrario a ella. Hoy, el PT del presidente Lula da Silva no toca en ese asunto.

Los pocos que insisten en la reforma fiscal hablan por sí mismos, ya que el Estado y sus representantes son unánimes: solamente hay una forma, y sólo una, de mejorar la situación socioeconómica del Brasil: recaudando. Por eso, no se pueden bajar los impuestos y, menos aún, disminuir el número de impuestos.

Hoy (estamos en el año 2005), por ejemplo, el CPMF (contribución provisional sobre movimientos financieros), que se transformó en el IPMF (impuesto provisional sobre movimientos financieros) y que fue objeto de contundentes críticas por parte del entonces candidato Lula da Silva y del PT, continúa siendo cobrado por el Gobierno de Lula da Silva. Hoy no se discute el asunto. Y a pesar de las declaraciones del ministro Palocci de que el brasileño paga “*pouco imposto*”, seguimos siendo un país que no sólo paga “*moito imposto*” sino que pagamos *muchos* impuestos. La reciente revisión de la tabla del impuesto de la renta gravó en exceso a las micro y a las pequeñas empresas.

Pero las discrepancias sociopolíticas del Gobierno “*petista*” entre el antes y el después no sólo son visibles sino sobresalientes. El rumbo que tomó el PT tras las elecciones podría ser explicado por la teoría de los grupos y por la teoría de los tipos lógicos, que señalan dos tipos de cambios: el cambio de primer grado, en el que algo en el grupo cambia para que todo permanezca igual; y el cambio de segundo grado, en el que se cambia algo para que cambie todo. Pero lo mejor para explicar el Gobierno “*petista*” es el viejo dicho francés “*plus ça change, plus c’est la même chose*”.

Veamos algunos ejemplos.

Al final del Gobierno de Fernando Henrique, la maquinaria administrativa del Estado se había reducido, disminuyendo a 700.000 el número de funcionarios públicos. A principios de este tercer año del Gobierno de Lula da Silva, el Estado cuenta ya con 900.000 funcionarios. La expectativa del PT es la de llegar al final del “primer mandato” con 1.200.000 funcionarios. Sorprendentemente, el Gobierno aún no terminó y ya se habla del “segundo mandato”.

Los gastos de la maquinaria pública pasaron de un 11% a un 13%, un aumento de 7 mil millones de reales (2 mil millones de euros) en el año 2004.

La carga tributaria pasó de un 31,9% del PIB en el Gobierno de FHC a un 42% del PIB, aproximadamente, en el Gobierno de Lula da Silva.

Todo indica que Brasil es un lugar distinto de lo que dice Brasilia, donde las estadísticas afirman que 60 millones de personas viven en la línea de la pobreza y que unos 50 millones pasan hambre. El sentido común no permite que creamos en esos números, sobre todo si tenemos en cuenta que esos números representan casi 1/3 de la población de Brasil y que, según la CEPAL, entre los años 1990 y 1996, 16 millones de personas salieron de la franja de la pobreza.

Una reciente investigación del Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística (IBGE) muestra que la plataforma preferida por el presidente Lula da Silva puede ser incorrecta o incluso equivocada. Esta investigación mostró que el hambre, la niña de los ojos de Lula, no afecta a 50 millones de brasileños, como se afirma categóricamente, sino que el problema más grave es la obesidad. La divulgación de los datos, en lugar de ser recibida con alivio y con júbilo, fue recibida con furibundas críticas y discursos. Incluso los miembros del PT llegaron a avanzar la hipótesis de que en Brasil la población hambrienta podría llegar a los 70 millones de personas.

El discurso ideológico-partidista mostró su cara al anunciar que el Gobierno ya no permitiría que el IBGE divulgara sus datos sin que antes fuesen cribados por el partido. Parece ser que las buenas noticias no son bienvenidas.

Además, el PT de Lula da Silva, cuando se levantó de la cama el día 1 de enero de 2003 ocupando la Presidencia de la República, no se dio cuenta de que, entre otras cosas, había perdido el control del Movimento dos Sem-Terra (MST). Hoy, el MST puede ser considerado como un grupo revolucionario “armado y peligroso”: tiene profesores ocupando cargos en las escuelas públicas donde enseñan que “*águas passadas sim movem moinhos*”, es decir, aún enseñan cosas como la revolución roja de Mao Tsé Tung, conmemoran la revolución cubana, tienen como ídolos al Che, a Lenin, a Stalin, etc.

Pero el peligro es mayor. El MST se presenta como enemigo de los latifundios, de los ricos, de los “exploradores”. Pero en realidad, el MST, y aquí incluyo al PT, parece ser “enemigo” del proceso científico-tecnológico aplicado a la producción, de la modernización de la producción y del consiguiente aumento de ésta. Se estima que el desarrollo científico-tecnológico de los últimos años aplicado a la producción de soja de Brasil supondrá una producción de más de 60 millones de toneladas de grano en el año 2005. Pero es una buena noticia que no es bien recibida por el Gobierno. Por fin, el hecho de que haya tanta comida ayudará a desmentir los datos “oficiales” de que hay 50 millones de hambrientos en el país.

La última noticia que se tiene del MST, para seguir con el ejemplo, es la fundación de la “Escola Florestan Fernandes” para “enseñar” a los militantes las más “modernas técnicas” de invasión de propiedades (incluso las productivas, según el presidente del MST).

A pesar de todo esto, la actual situación social de Brasil es sorprendente: sus distorsiones sociales no descartan el hecho de que el país aún es un mercado para ser explorado.

2. EL PAPEL SOCIAL DEL GOBIERNO: LA DIALÉCTICA DE LA AMBIGÜEDAD

Sin embargo, es la declaración de Fernando Henrique Cardoso, que toma hoy el actual Gobierno –el Gobierno del PT y del Sr. Lula da Silva–, la mejor muestra

muestra de la ambigüedad política del Estado. Y esa ambigüedad crea una paradoja que lleva a la empresa a convertirse en la esfera social por excelencia.

Lo que está ocurriendo en este comienzo de los años dos mil es la definitiva transferencia del papel social del Estado a la empresa. Incluyo en ese papel social la reconstitución del concepto de ciudadanía.

La desvinculación del Estado de su ciudadano es más profunda de lo que se puede (o se podría) imaginar. Al Estado le quedó el papel de transformarse en mero recaudador de dinero por la vía de los impuestos, tasas y contribuciones. Peor, se convirtió en un mero dilapidador.

El Gobierno se dirige a sí mismo como una “república”, como “republicano”, sin decir lo que eso significa exactamente ya que, con la proclamación de la República en el año 1889, dejamos de ser una monarquía. Corremos peligro.

Como vivimos bajo la protección de un discurso ideológico misológocrata², ¿corremos el riesgo de que nuestros gobernantes estén pensando en una república “popular” como la de China, en una “república” caracterizada por la inexistencia de representatividad popular y donde el partido se comporta como el “*umbiculus mundi*”? En fin, la mayor acusación que se hace al Gobierno “*petista*” es la de estar sindicalizando el Estado, de tener miedo de la civilización, de tener miedo de la innovación.

Podemos pensar que nuestros gobernantes se ven como Julio César, que desde lo alto del Capitolio mira Roma a sus pies y dice “¡*La república está muerta!*”. Tal vez sea más fácil pensar que la verdad es peor: no saben lo que hacen.

Finalmente, el Estado es “matriarcal” y, como tal, como la gran madre caritativa que es entre el castigo del padre y la benevolencia de la madre, lo permite todo. Obviamente, la ceguera ideológico-partidista egocéntrica no permite que se vea la acción *superegoica* del padre, que envía un mensaje a todos sin excepción: estoy mirando.

Pero la madre superprotectora está presente y supone que no ve nada. Bueno para ellos; mala suerte la nuestra.

Recordemos: los abusos surgen no por el rigor del padre, sino por la superprotección de la madre.

El papel “ni un poco” social del Estado se da en la dinámica de aquello que el Estado mismo aún llama “cuestión de la ciudadanía”: la repetición de frases hechas y ya “usadas” como, por ejemplo, que el “ciudadano aún no contribuyó, pero va a contribuir”. La pregunta es clara: ¿contribuir con qué y para qué?

Contribuir con dinero a las causas sociales del Gobierno. No cuesta recordar que el ministro Palocci afirmó recientemente que el brasileño paga pocos impuestos. Como si no bastasen los 57 impuestos que tiene el país.

² Utilizando el término de Roberto Romano, que dice que la misocracia puede ser entendida como el régimen que tiene horror a la lógica, al raciocinio y al conocimiento. Roberto Romano sigue el pensamiento de Platón, que acuñó el término “misólogo” para definir al enemigo de la cultura y el odio a las ideas. Personalmente, prefiero usar el término “ideología misológocrata” para definir el discurso que conduce a un pensamiento obsesivo-compulsivo de desprecio a la cultura, a las ideas, al conocimiento, al raciocinio.

Pero, la cuestión no esa. La cuestión es ¿qué “ciudadano”?

La ambigüedad político-ideológica del Estado se refleja en una conducta política de zancadillas, en la que el Gobierno “*petista*” desmonta la maquinaria construida por gobiernos anteriores basándose en la pura venganza de los avances, aunque sean pequeños, de los gobiernos anteriores, y por sentirse “heredero” de las libertades (no importa lo que sea eso), por haber luchado contra la “dictadura”. El lado negro permanece por la justificación de que esos actos se basaron en el pensamiento distorsionado de que la cultura del brasileño no puede ser alterada por culturas externas. Como si Brasil hubiera nacido listo y acabado, como si no pudiésemos demostrar que como un país construido por Europa, heredero de su cultura, la cual aún mantenemos.

Como curiosidad, el llamado Fórum de Porto Alegre, encuentro contra la globalización y la internacionalización de la economía, ofreció datos interesantes:

- Los manifestantes (contra la globalización y la internacionalización de la economía, cabe recordar) se hospedaron en hoteles de la red Sheraton, Accor y Holiday Inn.
- Alquilieron coches de las marcas GM y Toyota.
- Comieron en el McDonald’s y en el Pizza Hut.
- Alquilieron teléfonos móviles TIM y Claro³.

Pero para “mantener la cultura local”, invitaron a Hugo Chávez y a varias tribus indígenas.

Por otro lado, la manifestación más interesante corrió a cargo del PT y del presidente Lula da Silva: Lula fue abucheado por manifestantes “*petistas*” que abandonaron el PT, incluyendo a Plínio de Arruda Sampaio⁴, uno de los principales fundadores del partido, que afirmó que el PT dejó de ser el partido de los cambios para pasar a ser el partido de los privilegios. Mejor sería decir que el PT se convirtió en un partido de ideas muertas. El mundo del PT no es el mundo de los hechos, el mundo real del sujeto, sino que es el mundo del discurso, el mundo del discurso ideológico alienante.

La verdad es triste: como la película *A classe operária vai ao paraíso*, el PT representa al obrero que llegó al paraíso. El problema es que el protagonista muere al final de la película.

3. BRASIL DESDE EL PUNTO DE VISTA SOCIOLÓGICO

Pero, cuando se desea mirar el Brasil de hoy desde el punto de vista sociológico, ¿por dónde empezar?

³ Claro, proveedor de telefonía móvil, es una empresa mexicana.

⁴ En el Fórum de Porto Alegre 100 manifestantes “*petistas*” afiliados al partido, incluyendo miembros de la cúpula, abandonaron el partido.

En mi opinión, un análisis sociológico del Brasil actual debe extrapolar la visión de lo simplemente sociológico. No podemos quedarnos sólo en el análisis social. Es necesario ir más lejos y analizar la “trama” de lo social; más aún, los “nudos” que forman esa trama. Y esos “nudos” no son más que los actores sociales; nosotros, los sujetos, o aquellos que deberían ser “sujetos”.

De ese modo, hablar de un análisis social del Brasil actual es, en realidad, hablar de un Estado en crisis. Así, nos queda sólo un único análisis: definir qué “crisis” es esa.

Procuraré demostrar, aunque sea superficialmente, que esa “crisis” ya no debe ser analizada desde los puntos de vista sociológico, económico, administrativo, sino desde el psicoanálisis. Seguramente podremos decir que Brasil no pasa por ninguna “crisis”, pero sí por un “brote psicótico”.

Por eso, con facilidad nos perdemos en los recovecos de discusiones socioeconómicas, administrativas, legales y filosóficas; porque nos olvidamos de que lo social somos nosotros y que antes de ser “colectivos” somos “individuos”.

Es interesante ver que, cuando miramos por el lado social, nos convencemos de que la llamada “crisis de Estado” pasa por la dinámica social: mortalidad infantil, analfabetismo, falta de agua, salud pública deficiente, saneamiento básico deficiente, educación básica soportable, trabajo infantil e incluso trabajo esclavo.

Pero la crisis también es económica: mala distribución de la renta, altos impuestos, “sur desarrollado”, “nordeste subdesarrollado”, *favelas*.

Pero la crisis también es administrativa: gobierno centralizado y centralizador, cargos públicos hereditarios, dispersión de los recursos públicos, importante número de funcionarios, salarios elevados, acumulación de cargos, jubilaciones altas y, en el Gobierno “*petista*”, distribución de cargos a miembros del partido en detrimento de la memoria funcional⁵, sindicalización del Estado y de la maquinaria pública, “faccionarismo”, etcétera.

Imagino el Brasil de los años dos mil ya no más como la representación de aquel país que fue llamado de Belindia, de una Bélgica rica y de una India pobre, sino simplemente como el país de *desvínculo* entre el Estado y el sujeto. Y ese *desvínculo* es la metáfora de la crisis de Estado: sin sujetos no puede haber un “Sujeto”; sin un “Sujeto”, los sujetos no pueden tener un “significante” al que acomodar su propia imagen. Sin un “Sujeto” que les de la imagen de sujeto, los sujetos no pueden ser considerados ciudadanos. Entonces, ¿cuál es el problema? No somos ciudadanos. Y, según parece, nunca lo fuimos.

Por eso, querer tener una “visión sociológica” del Brasil de hoy es preguntar por sus ciudadanos. ¿Dónde están sus ciudadanos? Empezaría por localizarlos, paradójicamente, en su ausencia.

Así, dos son las cuestiones que propongo.

⁵ En los dos años del Gobierno de Lula da Silva, 20.000 cargos públicos fueron puestos en manos de miembros del partido. El actual Gobierno tiene la media nada buena de 25 sustituciones de nombres de primer nivel. Un ejemplo más interesante de que todo cambió para quedar todo igual.

¿Por qué pasar de un análisis sociológico a un análisis psicoanalítico? Por dos motivos: primero, porque se trata de un *desvínculo* entre el país del “Real” del real del país, afirmando un posible “sí mismo” que da rienda suelta a los impulsos del *ello* en detrimento del *otro*, del sujeto; segundo, porque el sujeto, por estar en crisis de identidad, está ausente.

La conclusión es simple. Esta crisis se trata de “ideología en acto”, ya que aparentemente el Estado tiene interés en no nombrar el sujeto pero, irónicamente, es la empresa la que va a nombrar ese sujeto. Peor que nombrarlo, va a devolverlo, *re-subjetivado*, a lo social.

4. LA VISIÓN PSICOANALÍTICA: NUESTRA CRISIS DE IDENTIDAD PARTICULAR

Pasamos, por lo tanto, por una crisis de identidad. Para nosotros Brasil es la fuente de un dilema, de un dilema de filiación. No tenemos un significativo representativo de nuestra imagen de sujeto al que afiliarnos.

Diría, para introducir ese significativo al que aún no nos afiliamos, que éste es el mismo significativo que el Estado tampoco encarna aún: el sentimiento, o condición, de la ciudadanía: es el significativo que nos representa como sujetos de ese gran “Sujeto” que es el Estado, es decir, como ciudadanos.

No nos sentimos cuidados porque el Estado no nos mira como ciudadanos; él no nos ve como ciudadanos. Como él no nos mira y no nos ve, no tenemos imagen de ciudadano ni reflejamos la imagen de ciudadanos. Para el Estado, ni siquiera somos sus sujetos. Hemos sido olvidados. Como el significativo ser ciudadano asume cualquier significado que el sujeto, o el Estado en cuanto que gran “Sujeto”, quiere, surge una crisis de identidad ya que cualquier cosa puede ocupar el lugar del significativo.

Así, ser ciudadano depende, por ejemplo y para ser irónico, de la época del año. A principios de año, por ejemplo, ser ciudadano significa ser contribuyente al Estado. Declara la receta federal que “*é dever do cidadão pagar os impostos em dia*”. He ahí un ciudadano con deberes.

Últimamente cada dos años aparece el ciudadano con derechos. “*É direito do cidadão votar*”, afirma la justicia electoral. Aunque votar es también un “deber”, pues el elector ausente de la votación será legalmente penalizado.

De vez en cuando, el significativo ser ciudadano tiene connotación fuerte, agresiva. De vez en cuando, somos ciudadanos que tienen el deber de sacar a otro ciudadano del hambre, del abandono, de la miseria, otro que tiene el derecho de ser sacado del hambre, del abandono, de la miseria.

Este es el caso de las campañas que una y otra vez estallan por el país, que son coordinadas por el Estado generoso, por alguno de sus órganos o empresas, o por alguna entidad desvinculada, pero no tanto como sabemos, del Estado. Ese es el caso de las campañas de las ONG, de las campañas contra el hambre, contra la mise-

ria, contra la violencia, etc. Son casos en los que el Estado lanza a sus sujetos la responsabilidad por el *otro*, por el desfavorecido, por el que no tiene nada, como si él, el *otro*, no fuese ciudadano por culpa de aquellos que lo son, aunque éstos no sepan que, también ellos, no lo sean.

Cobrar de aquellos que tienen de más o sólo alguna cosa de más, que hagan alguna cosa por aquellos que no tienen, es ese el servicio de la mentira del Estado.

El discurso de la crisis de Estado es, entre otras cosas, ocultar que el engaño en los impuestos se da, no porque el rico es rico, sino porque oculta y por eso el pobre es pobre. La mentira del Estado es que el impuesto está injustamente alto para todos: para aquellos que nada tienen porque el impuesto no le es devuelto en beneficios sociales; también lo es para aquel que no tiene motivos para ocultar. Oculta porque, por la cantidad y por el número de impuestos, es más fácil ocultar. La mayor mentira de la crisis de Estado es negar, en el sentido de la negación freudiana, la diferencia entre la recaudación y su reinversión en beneficios al alcance de todos.

Son los extremos absolutos y, claro, discutibles. Pero entre los extremos sucede de todo. Incluso el hecho de que el Estado declare la condición del ciudadano, o de “ser ciudadano”: ciudadano es el sujeto que tiene algo y que por tener algo es culpado por la miseria que desfila ante sus ojos. A éste cabe entonar un *mea culpa*: compartir, repartir. He ahí la condición del brasileño que es ciudadano. Sujeto en una doble acepción: ser el sujeto en la acción del Estado y estar sujeto a la acción del Estado. El universo kafkiano de la *brasilianidad* vinculada al significante traído por el colono en tanto que colonizador: ambos quieren tener ventaja. Engañar al otro como si los dos viviesen en universos paralelos, como si uno no conociese ni las leyes ni al legislador, como si sólo uno legislase en beneficio propio.

Sorprendentemente, es Kafka quien nos recuerda que “aquellos” que están arriba, que elaboran las leyes, aparentemente no saben para qué sirven las leyes que ellos mismos elaboran y, por eso, no las respetan. El ejemplo de la desobediencia viene de arriba. Pero es un engaño. A la vez que todos legislan en beneficio propio, paradójicamente, las leyes ya están listas.

Por eso todos construyen su propia significación sobre lo que es ser ciudadano: es cualquier cosa que muestre al individuo que él tiene que llegar primero, que él debe llegar primero, no importa dónde, no importa por qué, no importa para qué, no importa cómo. Lo único importante es llegar antes. Ese es el “*s(e)u jeito*”.

Por eso el brasileño no sólo desobedece las leyes, sino que las desprecia. Por eso la crisis de Estado pasa también por ahí. Se crean las leyes no en nombre de un bienestar social general o de una moral, sino en nombre del Estado y para mayor beneficio del Estado. Ese es el “*s(e)u jeito*”.

Lo que quiera que se espere con esa ley será, está claro, desviado, corrompido, deformado. No importa lo que sea. Al final, él es el Estado. En la jerarquía de los que tienen y de los que no tienen, le corresponde al Estado el papel negado a todos: la transformación de la *res publica* en *res familiaris*. Lo público pertenece ahora al Estado, esa “gran familia” que transformó todo en “cosa familiar” y que relegó al ciudadano a la condición de hijo bastardo.

El Estado es el “Gran Padre” legislador en su doble condición de padre castrado que da todo al hijo pródigo y de padre castrador que, no satisfecho con negar todo al hijo bastardo, lo repudia. Como padre castrador negó al hijo no sólo su filiación, sino el significante que implicaba, que representaba, esa filiación. Somos un pueblo con un serio problema de identificación. Peor que no tener un padre que nos reconozca es el hecho de que vivamos en casa del padrastro.

Todo esto remite a una cuestión que me llama la atención: he aquí el hecho que nos convierte en un pueblo fóbico. Por eso llamé a nuestra crisis “brote psicótico”. Veamos.

Cargamos el significante ser ciudadano en una cadena de significantes en la que la imagen, nuestra imagen, de ciudadano cambia a cada nuevo significante introducido en la cadena significativa, ya sea por el Estado ya sea por nuestra necesidad de reconocimiento. Así, ser ciudadano es cualquier cosa que para el sujeto signifique ser ciudadano. Por eso, por ejemplo, cualquiera, o cualquier cosa, que consiga deslizar su significado por debajo de la línea de la significación produce la significación en el inconsciente de “ser ciudadano”. Por eso ser ciudadano ayer no es la misma cosa o no tiene la misma significación o sentido que ser ciudadano hoy.

Pero, ¿por qué es una fobia? Porque ser ciudadano se convirtió en una crisis del significante, crisis a la cual el Estado se agarró como una fórmula milagrosa para manipular mejor a sus sujetos.

Hagamos un juego de significantes: $\frac{S1}{s1}$ es el significante ciudadano en el tiempo T_1 .

De repente, en T_2 el sujeto recibe el mensaje $\frac{S2}{s2}$ que dice que “ser ciudadano es ser contribuyente del Estado”. Para el sujeto, ser ciudadano tiene ahora una nueva formulación:

$$\frac{S1}{s1} \times \frac{S2}{s2} \rightarrow \frac{S2}{\frac{S1}{s1}} = \frac{S2}{s1},$$

donde $\frac{S1}{s1}$ tomó el lugar del significado $s2$. Esto es, claro está, inconsciente.

Ahí llega alguna cosa nueva. La campaña contra el hambre, por ejemplo. ¡Usted, ciudadano que tiene demasiado, comparta! He ahí el nuevo significante que representa el ciudadano.

Ser ciudadano tiene ahora una nueva fórmula: $\frac{S5}{s5}$.

¿Qué tenemos?

$$\frac{S2}{s2} \times \frac{S5}{s5} \rightarrow \frac{S5}{\frac{S2}{s2}} = \frac{S5}{s5},$$

donde $\frac{S2}{s2}$ toma el lugar de $s5$.

Se trata de una metáfora: ser ciudadano es compartir lo que usted tiene con quien no tiene. Y así va.

Reprimido, no reconociéndose porque no es reconocido, el individuo desencadena un proceso de filiación al primer significante que para él represente la mejor imagen del “ser ciudadano”. Sólo que eso desencadena un desastre. Antes o después desencadenará la fobia, esa fobia de la que hablo. La fobia puede despertarse, por ejemplo, cuando el Gobierno dice que va a aumentar los impuestos o crear un nuevo impuesto, como es el caso del impuesto provisional sobre movimientos financieros (IPMF)⁶ que el Estado intentó pasar de “provisional” a “permanente”, pero que sigue siendo provisional y lo seguimos pagando.

La fobia desencadenada es, justamente, la fobia de ser ciudadano, momento del descreimiento absoluto en el Gobierno, en los políticos, en las instituciones del Estado, en el propio Estado, como si irónicamente él, el Estado, fuese un sujeto con traje y corbata andando por las calles. La metáfora de Brasil es esa: un sujeto que pasa por la calle y te llama: ¡eh!, usted, déme dinero...⁷

Así es como, en el afán de construir la cultura de la sumisión, el Estado desencadenó en sus sujetos la peor de las fobias: no reconocerse como ciudadano por no tener una imagen de ciudadano en la que reflejarse. Por eso mismo, los sujetos del Estado menosprecian lo que es más sagrado para el Estado: las leyes que lo representan.

A partir del momento en que el Estado convierte la *res publica* en *res familiaris*, “estado” en que él, el Estado, sólo se ve y sólo ve sus propias fabricaciones, esto es, sus propias leyes, se instaura la normalidad que va a estabilizar el “brote psicótico” en la crisis de filiación del sujeto. A partir de ese momento los comportamientos del “Padre” serán los del hijo, no importa quien sea éste. Se desvaneció la dialéctica del padre castrado/castrador, del buen/mal hijo. Estamos todos libres para gozar. Pero eso tiene un precio, y el precio es dejar gozar también al padre.

¿Qué significa eso? Significa, o mejor, refleja la debilidad del superego. Ambos tienen, eso sí, un ego frágil hacia las satisfacciones inmediatas en el contacto con la

⁶ El impuesto provisional sobre movimientos financieros (IPMF) cobra el 0,38% de cualquier movimiento financiero hecho por cuentas bancarias y de inversiones. El PT utilizaba el IPMF como plataforma política y lo llamaba “*imposto para matar a fome*” (“impuesto para matar el hambre”). Hoy, el PT y el presidente Lula da Silva no dicen nada sobre este asunto. Y el impuesto sigue siendo cobrado.

⁷ En portugués, “*ei, você aí, me dá um dinheiro aí...*” es una canción carnavalesca muy popular.

realidad. Así, liberan el *ello* para hacer lo que se quiera, para gozar. No hay problema. No habrá castigo. Quiere decir, desde luego, desde que el hijo deje gozar al padre.

La crisis, ésta real, de filiación del brasileño a un significante que lo represente como ciudadano ante otro ciudadano lo llevó a un proceso de alienación en relación con el Estado. Pero eso sería hasta normal si la alienación mayor no fuese la del Estado en relación con el individuo. Por eso la crisis, que pasa por el significante, es más profunda, es más seria. Es, por decirlo así, una represión, y como toda represión puede explotar en cualquier momento. El Estado, alienado de su sujeto, se cree el “sujeto” al que todos se afiliarán, o se alienarán, da lo mismo. Por eso él cree en su omnipotencia, sin ni siquiera estar presente.

Aquí está el porqué de que nuestra imagen de ciudadano sea tan volátil y de que cualquier cosa la oscurezca. Tal vez sea por eso que el brasileño, sometido a la cultura de la sumisión, prefiere *panem et circensis* y no se de cuenta de que está siendo utilizado por los que están arriba, en el mando.

La metáfora de la política “*tupiniquim*”⁸ parece ser la de que la política es una ciencia y un arte: la ciencia y el arte de pastorear los rebaños humanos, de reunirlos, de seducirlos, de darles una única voz, una única idea y, después, de llevarlos al matadero. Y la expresión más delicadamente acabada de esa creación romana que es el *panem et circensis* es la “*brasileiríssima*” playa. Nada mejor que una playa para desviar la atención del brasileño. Si hay playa y fútbol, entonces, ni se habla. Hubo en la televisión brasileña una novela en la que los personajes declaraban que “*nada havia de mais brasileiro do que a cachaça e a broa de milho*”. Esto sí, por lo que parece, son los significantes a los que vale la pena afiliarse.

Veamos un pequeño ejemplo. El sujeto es portador de un conjunto de imágenes que no se entrecruzan: es empleado de un banco, es de la Iglesia, es del club, es del equipo de fútbol, es, incluso, ciudadano. El detalle queda por cuenta de que él sabe que es empleado de un banco, que es de la Iglesia, que es del club, que es el portero de su equipo de fútbol. En cada una de esas situaciones vive una situación “dialéctica”: son esferas de su vida que él se encarga de no mezclar. Pero vive, irónicamente, una situación que es ideológica: aunque no quiera mezclar, inconscientemente no sólo ya las mezcló, sino que ya llegaron a él “mezcladas”. Por eso, él es reproductor de todas las imágenes que él lleva. Sólo que en esa intersección de lo dialéctico y de lo ideológico su crisis de identidad es ideológicamente manipulada para ser inconsciente en tiempo integral, para que la trama del Estado esté siempre presente. He aquí la ironía: él, el sujeto, necesita que se le recuerde que es ciudadano.

Por eso, tal vez por eso, surjan los absurdos. Y uno de ellos es hablar de una “cuestión de la ciudadanía”; es imaginar que en Brasil todo, todas las heridas, pasan por una “constitución de la ciudadanía”, como si eso fuese una lata que se

⁸ Término utilizado en Brasil para designar lo estricta y típicamente nacional. El término viene del Tupi, gran nación indígena que habitaba Brasil y de la que aún subsiste el idioma y algunas aldeas.

compra en los grandes almacenes de la esquina. O como ocurrió en un reportaje de televisión sobre las cuestiones de la ciudadanía, en el que un sociólogo al que entrevistaban dijo que “*os conceitos de cidadanía deberían ser sempre aplicados*”. Como si “ciudadanía” fuese algún tipo de vacuna que el sujeto va a ponerse en un ambulatorio.

Pero las cosas se han invertido en el universo kafkiano nacional. Aquello que ayer era *conditio sine qua* es hoy simple papel. Ser ciudadano en Brasil es, paradójicamente, un enunciado sin sujeto. El ciudadano, como sujeto, no vino, faltó. Y porque faltó desencadenó una “crisis de Estado”. Mejor sería si hubiese venido.

Esto, vuelvo a la declaración de Fernando Henrique Cardoso, recordando el concepto de ideología de Althusser: la ideología representa la relación imaginaria de los individuos con sus condiciones reales de existencia. Me pregunto que será lo que FHC quería decir finalmente, pues, aparentemente, la ideología del PT cambió de cara. Peor aún, cambió de rumbo. Pero ahora que está en el poder no importa nada más, y los hábitos del uso del Estado en beneficio propio fueron prontamente adoptados.

Mala suerte la nuestra.